



ADECUADA MIRADA Y BUENA PALABRA

P. Juan Pablo Roldán, CSsR.

En estos días está circulando por las redes sociales un mensaje en el que se nos invita a prestar atención, a detenernos en nuestro modo de mirar y nuestra manera de percibir la realidad. El texto del mensaje consta de seis oraciones breves, centradas en el medio de un cuadrado y con dos palabras ubicadas a cada lado. En el lado izquierdo, la palabra «pesimista», que con una flecha en dirección de arriba hacia abajo nos señala leer el contenido; en el lado derecho, la palabra «optimista» que, con una flecha en dirección de abajo hacia arriba, nos indica hacer lo mismo. Leamos nosotros ahora el texto y empleemos las mismas consignas:


«Esta situación es insuperable,
es absurdo que
vamos a salir de esto.
Tenemos que rendirnos, y dejar de luchar,
se equivocan quienes creen que
todo este esfuerzo merecerá la pena».



Es increíble el efecto que produce esta lectura. Un mismo texto, leído en sentidos distintos, expresa significados contrarios. Son las mismas palabras, incluso la misma entonación, pero, sin embargo, otra perspectiva. ¿No es acaso esta actitud la que este tiempo de pandemia nos está reclamando adoptar en nuestras vidas y en nuestras comunidades? ¿De qué lado nos encontramos? ¿Cuál es la perspectiva con la que miramos la vida, el presente y las situaciones particulares? ¿Qué lectura hacemos de la realidad?

No faltan entre nosotros, hermanos y hermanas que se dedican a opinar y criticar por cómo se están haciendo o llevando adelante las cosas; que vegetan y esperan cómodos hasta el día que todo esto termine; que solo cuentan el número de muertos que el Covid-19 provoca día a día, como un gran pasatiempo; que ven la vida únicamente desde una pantalla, un celular o un escritorio, sin implicarse en el dolor real de muchos para no sentirse afectados. Pero también, viven entre nosotros verdaderos testigos, hombres y mujeres, que, sin tener demasiadas respuestas, ni certezas definidas -cosa que hoy no se encuentran-, se lanzan a la aventura del compromiso. Estos hermanos tienen muy en claro dos cosas; primero, que en la vida encontramos aquello que buscamos. Si buscamos problemas, encontramos problemas; y si buscamos milagros, encontramos milagros; segundo, que somos colaboradores, simples aliados del Espíritu en la construcción del Reino. Así nos lo recuerda el papa Francisco:

«En cualquier forma de evangelización el primado es siempre de Dios, que quiso llamarnos a colaborar con Él e impulsarnos con la fuerza de su Espíritu. La verdadera

novedad es la que Dios mismo misteriosamente quiere producir, la que Él inspira, la que Él provoca, la que Él orienta y acompaña de mil maneras. En toda la vida de la Iglesia debe manifestarse siempre que la iniciativa es de Dios, que «Él nos amó primero» (*Jn 4,19*) y que «es Dios quien hace crecer» (*1 Co 3,7*). Esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero. Nos pide todo, pero al mismo tiempo nos ofrece todo»¹.

Por eso, no es justo que caminemos aislados, indiferentes y desanimados. No nos sirven para nada en estos tiempos, los aires de grandeza. No somos super hombres ni super mujeres. Corremos el riesgo de convertirnos en «salvadores autorreferenciales», de continuar con la vorágine de actividades que teníamos y veníamos realizando hasta no hace mucho tiempo.

Necesitamos impregnar la vida y las relaciones de unción, para que nuestro quehacer refleje una espiritualidad encarnada o, como decía J. B. Metz, una mística de ojos abiertos. Como vida consagrada, precisamos detener, una vez más, nuestra mirada en la Palabra. Si nuestro corazón no «arde en el camino» con quienes compartimos la vida a diario, tal como lo hicieron los discípulos de Emaús, todo lo que hagamos o dejemos de hacer resultará vano.

No garantizamos la fidelidad, la permanencia, ni la mirada esperanzada y confiada a base de voluntarismo, normas y cumplimientos. Al contrario. Logramos la buena perspectiva evangélica, únicamente por gracia, por una adhesión cordial a Jesús y a su Palabra.

Jesús ha respondido al tentador en el desierto con la Palabra, recordándonos que «el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (*Mt 4,4*). La lectura reposada de la Escritura es nuestro alimento sólido y nuestra compañía en este tiempo de confinamiento. Oímos decir a la gente que le falta la eucaristía, pero que tiene la Palabra de Dios. Vivimos gracias a la Palabra, como nos indica el libro del Génesis (cf. *Gn 1*), pero también de las otras palabras, que nos sostienen, nos animan, nos ponen de pie, nos reconfortan y nos confirman en nuestra misión. ¿Qué sería de nosotros sin la palabra cálida y cercana de tantos hermanos y hermanas? ¿Qué sería de nuestra gente si le privásemos de la Palabra de Dios y no respondiéramos a sus angustias y tristezas con palabras tiernas, acogedoras y esperanzadas?

Hoy, tenemos la posibilidad de perdernos ante una pantalla o un celular, pero también la oportunidad inédita de acercarnos y re-crear encuentros por medio de una llamada, un mensaje de whatsapp o una videoconferencia. «La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (cf. *Jn 1, 14*). ¿Podremos encarnar la Palabra en nuestras vidas y transmitirla a nuestros hermanos en este tiempo?

¹ PAPA FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (Roma, 24 de noviembre de 2013), 12.